



NERINA VISACOVSKY [Editora], *Cultura judeo-progresista en las Américas*, Buenos Aires, Buenos Aires, Imago Mundi, 2022, 389 páginas.

El continente americano fue casi el único de los destinos elegidos por los judíos para su migración forzada (y en algunos casos no forzada) por la miseria, la explotación económica y el antisemitismo desde fines del siglo XIX. Si bien no hay cifras exactas, se calcula que hasta mediados de la década de 1920 cerca de dos millones y medio de judíos habrían llegado al continente, ubicándose como primer país de destino los Estados Unidos, luego Canadá y en tercer lugar Argentina. En esa primera etapa algunos de ellos traían consigo su experiencia de resistencia —que se expresó con la cultura del Idish— frente al régimen zarista, mientras que otros provenían del imperio austrohúngaro. Algunas

de estas experiencias encarnaron en asociaciones, instituciones y espacios de sociabilidad de diversa índole que la comunidad judía logró establecer a lo largo del continente.

Desde una perspectiva transnacional y de historia comparada, el libro pensado, organizado y editado por Nerina Visacovsky tiene el propósito, a través de 20 capítulos, de reconstruir las experiencias culturales judeo-progresistas en ocho naciones del continente americano: Canadá, Estados Unidos, México, Cuba, Brasil, Chile, Uruguay y Argentina, durante un período que abarca todo el siglo XX.

En la Introducción, Visacovsky parte del convencimiento que estas experiencias han permanecido rele-

gadas en las narrativas que la comunidad construyó sobre sí misma, sobre todo después de la creación del Estado de Israel en 1948, al tiempo que invisibilizadas en la historia del Partido Comunista, que no ha reconstruido suficientemente los aspectos étnicos de sus militantes y simpatizantes, al menos en el caso de Argentina. De modo que, según la autora, la historia del judeo-progresismo de izquierda ha sufrido una doble marginación, étnica y político-ideológica.

Uno de los primeros propósitos de la autora, entonces, es intentar definir qué significó ser judío progresista en las Américas. Visacovsky plantea al respecto que los actores e instituciones bajo análisis en esta obra tenían un bagaje en común, denominado *Idishkait*: eran seculares, disfrutaban de las mismas comidas y costumbres, conocían las tradiciones bíblicas, expresaban una especial estimación por la educación, las conferencias culturales, la música y el teatro y eran portadores de una destacada capacidad asociativa y organizacional. Sin embargo, tan importante o más que esto era la adhesión a ideales humanistas e igualitarios, lo que permite explicar sus vinculaciones con los partidos comunistas, y también tender puentes de solidaridad con el resto de la sociedad. Es decir, el libro muestra que estos ámbitos de cultura no se circunscribían únicamente a las experiencias *Idishistas* o comunistas, sino que eran más amplios. A lo largo de la obra esta idea-fuerza, la identidad judeo-progresista, se manifestará en el relato de una

serie de proyectos que las diversas asociaciones organizaron o bien cobijaron en su seno.

Precedido por una indispensable Introducción —de la que se desprende la magnitud de la obra y el número de aristas que aborda— en la que Visacovsky ofrece una lograda síntesis de la historia de la comunidad judía, los motivos de su diáspora y los lugares de acogida con datos estadísticos, o bien explicaciones convincentes sobre la dificultad de contar con información cuantitativa en algunos casos, el libro se divide en dos partes ordenadas con un criterio geográfico norte-sur. Así, la primera parte analiza el diseño institucional, político y social de las sedes representativas del judaísmo de izquierda, mientras que la segunda explora el proyecto cultural expresado en centros educativos, teatros populares, colonias de vacaciones, agrupaciones infantiles, círculos literarios y musicales, a lo largo del continente.

Algunas de estas experiencias perduraron en el tiempo, incluso hasta nuestros días. Pero en otros casos pocos rastros han quedado de ellas, tales como la Sociedad Progresista Israelita y el Centro Cultural Sholem Aleichem de Chile, dos instituciones separadas en el tiempo pero articuladas en sus propósitos en torno a la política comunista durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, y que son estudiadas por Valeria Navarro-Roseblatt; o el rol de los judíos en la conformación del Partido Comunista de Cuba que se enfrentó

a la dictadura de Gerardo Machado y contra el nazi-fascismo, pero que también tuvo intervenciones favorables a la República española, aspectos analizados por Maritza Corrales Capestany; o bien el caso mexicano, abordado por Daniela Gleizer, la experiencia de los judíos de izquierda entre un total de 9.500 judíos que llegaron a México en las primeras tres décadas del siglo XX, que, avanzado el siglo XX, terminaron siendo subsumidos en el sionismo que terminó erigiéndose como el ser judío legítimo en México. Es decir, uno de los méritos de la obra es contribuir a visibilizar experiencias que no sólo constituyen vacíos en la historiografía, sino que también se han borrado de la memoria comunista en esos países, de sus marcas territoriales, e incluso, en la propia subjetividad de las familias judías.

Abordando las contribuciones específicas de la obra, el primer capítulo analiza la experiencia sinuosa que atravesaron los judíos de izquierda luego de establecerse en Canadá, ya que durante gran parte del siglo XX estuvieron hostigados por el Estado y también por los judíos sionistas por motivos de clase. Aquí las mujeres judías de izquierda tienen protagonismo. Aglutinadas en la Liga de Mujeres Judías Trabajadoras, buscaron congregar a mujeres trabajadoras para elevarlas culturalmente y así despertar su conciencia de clase. De modo que, si bien este grupo se habría constituido prácticamente sin recursos, Ester Reiter demuestra que crearon instituciones culturales dinámicas

y comprometidas que aún sobreviven en la actualidad. Por su parte, Paul Misher explora el impacto que tuvo la izquierda judeo-comunista en la formación de un movimiento multicultural norteamericano entre 1920 y 1970. La imagen que acompaña este capítulo de cuatro jóvenes músicos afro-americanos visitando el campamento de verano Kamp Kinderland, es elocuente de los vínculos construidos por la izquierda judía comunista con la comunidad afroamericana en pos de construir un país liberado de prejuicios raciales.

Los cuatro capítulos dedicados a la experiencia de los campamentos de verano en Canadá (Ester Reiter), Estados Unidos (Paul C. Misher), Brasil (Monique Sochazewsky Goldfield) y Argentina (Nerina Visacovsky) son buenos ejemplos de experiencias de sociabilidad de índole recreativa, para las que es importante destacar el enfoque comparativo con el que fueron elaborados. Estos capítulos dan cuanta también de distintas tonalidades que recorren el libro. Maduras investigaciones a partir de meticulosos trabajos con documentos y archivos inéditos, se entremezclan con experiencias escritas en primera persona evocando, por caso, un ambiente de sociabilidad de índole recreativo vivido en la niñez. La música, los juegos, solapados con conferencias e intervenciones políticas, constituyen una excelente entrada para comprender la mística militante, que abreva en el marxismo, el comunismo y el socialismo y que también recupera ideas de solidaridad y humanidad, en algunos

casos para enfrentar los horrores de la Segunda Guerra Mundial.

La vanguardia estética teatral es analizada en los últimos cuatro capítulos. Allí se puede advertir el apogeo y la caída de Artef, un teatro que tenía la política obrera en su ADN en Nueva York (Edna Nashom); el Teatro de Arte Isarelita, Taib, que materializó en 1960 la actividad amateur que venía desarrollándose desde hacía 30 años en la ciudad de Sao Paulo (Lilian Starobinas); también se explora la actividad teatral y musical de los judíos progresistas uruguayos que encuentran sus raíces en las primeras reuniones de obreros revolucionarios de mediados de la década de 1920 y que influyó posteriormente en la Asociación Cultural Israelita Zhitlovsky (Gabriel Slepac Grudzien); el gran movimiento de actores, directores y aficionados al teatro en la Buenos Aires de la década de 1920, que se expresó en la creación, en 1937, del Idisher Folks Teater, un teatro popular judío con fuerte contenido político que aspiraba también a puestas en escena con un alto valor artístico (Paula Ansaldo).

Por último, es importante destacar que, a pesar de ser un libro elaborado por especialistas y pensado para el medio académico, al final de sus

páginas el lector encontrará claves de lectura y un glosario que facilitan la comprensión de algunos de los procesos mencionados en la obra. Esto, sumado a la síntesis de la historia de la comunidad judía en la Introducción a la que ya se hizo referencia, permite pensar la obra como de alta divulgación académica, destinado a un público que excede holgadamente a la comunidad judía.

En suma, *Cultura judeo-progresista en las Américas* describe un mundo diverso y dinámico en el que confluyeron trabajadores, figuras del medio intelectual, artistas de las vanguardias estéticas, bajo la mirada atenta de las infancias y otros actores que fueron impregnados por una alta politización en contra de los *progroms*, la represión, el fascismo, la xenofobia y el capitalismo y que lograron expresarlo a través del arte, la cultura y la movilización política en un entramado asociativo de diversa índole a lo largo de todo el continente.

Marcela Vignoli

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas (CONICET)

Facultad de Ciencias Naturales e Instituto M.

Lillo, Universidad Nacional de Tucumán

vigmarce@gmail.com